
Ensayos para pensar el estupor

Rossana Reguillo*



[...] me pareció que al menos este régimen podría al menos perder su control actual sobre las imaginaciones y sentimientos de los que están abajo. He aprendido del pasado duro y radical de mi familia; si se produce el cambio, se da sobre el terreno, entre personas que hablan por necesidad interior más que a través de levantamientos de masas. No sé cuáles son los programas políticos que surgen de esas necesidades internas, pero sí sé que un régimen que no proporciona a los seres humanos ninguna razón profunda para cuidarse entre sí no puede preservar por mucho tiempo su legitimidad.¹

La reflexión pausada sobre el proceso electoral que ha vivido el país no resulta una tarea sencilla cuando aún perdura el vértigo de lo experimentado y los efectos de los ¿sorprendentes? resultados electorales apenas se dibujan. Resulta complejo dar cuenta de lo sucedido cuando la euforia, más o menos colectiva, da paso a las preguntas por lo que sigue.

De entre las innumerables aristas del proceso y de su resultado, que a su vez detonará otros procesos, hay tres cuestiones que a mi juicio resultan sustantivas no sólo en torno a “lo que fue” sino al futuro, a lo que podrá ser: la reflexión en torno a la cultura priista que, más allá de las fronteras partidarias, ha conformado históricamente la cultura política del México contemporáneo; el papel y el peso de los medios de comunicación (la televisión mayormente) en la reconfiguración de la escena política, y el inevitable debate en torno a la pluralidad y complejidad de un país que no se agota en un proceso electoral.

Somos revolucionarios y muy institucionales

Las elecciones del 2 de julio han sido vistas, básicamente, como punto de llegada en el proceso de la transición mexicana. Los eufóricos, que no son pocos, han venido señalando que el resultado de la contienda electoral es ya el triunfo de la democracia en México, la expresión nítida de la madurez de la ciudadanía, la prueba irrefutable de una modernidad anunciada y nunca alcanzada, el “ahorasíelpaísesdiferente” es el grito enarbolado por quienes ven en las elecciones la ansiada democratización mexicana.

Los pesimistas, que tampoco son pocos, se atrincheran en el oráculo catastrófico que asume los resultados electorales como el mapa definitivo del desastre y le atribuyen a los porcentajes la expresión del retroceso histórico, el “ahorasíelpaísyasejodió” es la consigna que sirve para evadir la auto-crítica y el estupor.

Entre una y otra posición, la vida continúa en el país sin que se alteren en lo fundamental ni las rutinas, ni los símbolos que nos han hecho patria, nación, terruño, historia, para testimoniar, si duda cabe, que un país no se agota en sus procesos formales, ni en sus partidos, ni en sus candidatos.

* Profesora e investigadora del Departamento de Estudios Socioculturales del ITESO.

Y aunque hayan votado por el cambio, los camioneros, por ejemplo, siguen anunciando su mexicana prepotencia a través de embestidas y bocinazos que tienen poco de incluyentes y tolerantes; la calle no ha cambiado, continúa siendo el espacio de la sospecha y el ensimismamiento temeroso; las prácticas corporativas y el control caciquil siguen siendo una realidad que tomará, en el mejor de los escenarios, varios años erradicar; la policía corrupta, la compra de favores, la retórica desgastada, en fin, ese *know how* incorporado históricamente que permite invertir la realidad en función de intereses personales y “mire mijo cómo no se va a poder”, están ahí pese al desmayo del dinosaurio, cuya fortaleza radica (pese a que muchos de ellos lo ignoren, y me refiero al PRI, por supuesto) en que su hábitat sigue prácticamente intacto. Una especie no se extingue por decreto (por muy popular y soberano que éste sea) sino cuando el entorno no le es propicio.

Y aunque la atmósfera se ha ido transformando gracias al esfuerzo invisible y cotidiano de miles de mujeres y de hombres que, con o sin partido, han apostado por la búsqueda de otras formas de relación, hay razones suficientes y estratégicas para ser cautelosos con la euforia y con el pesimismo. Los resultados electorales, el triunfo de la oposición, deben ser vistos como punto de partida o como otra etapa de la lucha. Lo que sigue es mucho más complicado que la disputa efectista y espectacular, que las encuestas de salida, que los niveles de *rating*, que suscribir mediante una palomita, una cruz, un círculo, la adhesión al cambio.

Una de las preguntas más interesantes y más atemorizantes que me ha formulado un estudiante es “si el PRI inventó a México o México inventó al PRI”. Me parece que la reflexión en torno a esta pregunta, de cara al futuro, es ineludible, en tanto que en este juego de sentidos (que es bastante serio) se encuentra lo que me parece el principal desafío para la transición mexicana: re-inventar la nación.

Imaginar un México sin PRI es tarea complicada, porque a pesar de que Monsiváis haya señalado, y yo le creo, que un protagonista central de los resultados electorales fue el “hartazgo”, el PRI es mucho más que su membrete, mucho más que los años de abusos, promesas incumplidas, tráfico de influencias, dirigencias estremecidas por el poder absoluto, impunidades que rebasan la ficción. El pri (con minúsculas) es una forma de cul-

tura cotidiana, una manera de ver el mundo, una explicación del origen, un estado de ánimo que habita en lo más profundo de la memoria colectiva. Una forma viva que, aunque deteriorada y moribunda, se convierte en el espejo amplificado de un México que se resiste a morir y, por comodidad o insuficiencia crónica de crítica, encuentra en la continuidad cultural de maneras de dirimir conflictos, de pensar la diferencia, de relacionarse con los otros, un camino seguro por conocido para transitar sin sobresaltos. En algunos estados del país gobernados por el PAN, por ejemplo en Jalisco, sus autoridades han dado pruebas constantes de que “pri” no es un partido sino el nombre que nombra la relación de los mexicanos con el poder.

Si la mayoría del electorado del país ha testimoniado su hartazgo a través del voto, hay esperanza de que ese mismo electorado esté en disposición de asumir una actitud no sólo de vigilancia y contrapesos a los nuevos poderes sino, y principalmente, de autoevaluación y participación constante que reduzca el riesgo de continuar (con otros membretes) con los esquemas que han instalado en el país un poder inmune a la crítica, cuyo activo principal es el de reproducir, a diferentes escalas, una cultura expandida de la inmunidad.

El 2 de julio debe valorarse como una fecha que marca el fin de una etapa y el comienzo de otra. Atribuirle un valor mágico es tan peligroso como desestimarla. El verano de 2000 puede ser una buena oportunidad para transitar hacia un cambio profundo en los esquemas y patrones culturales que han convertido a la política en México en una mala palabra.

Entre la postpolítica y el ocaso del argumento

Como dice, con la ironía que lo caracteriza, ese profesor italiano que se ha convertido en el único académico capaz de escribir un tratado de semiótica (*El nombre de la rosa*) que se transforma en *bestseller* y en película famosa, Umberto Eco, cada vez que se utiliza el prefijo “post” es porque los analistas, los profesores y, en general, los profesionales de las ideas carecen de las palabras adecuadas para nombrar las transformaciones, los quiebres sociales y la aparición de fenómenos nuevos en contextos conocidos. Lo “post” moderno y lo

“post” industrial, entre los innumerables “post” que hoy designan la escena contemporánea, aluden, bajo la perspectiva de Eco, a una crisis de separación entre los lenguajes y las prácticas que nombran.

Así que no encuentro mejor manera de nombrar los acontecimientos electorales que aquella que los engloba en la denominación, poco comprometedor, de “postpolítica”. Este más allá de la política en la política sirve para colocar un conjunto de preguntas cuyos destinatarios no son los actores políticos, ni las empresas mediáticas sino los ciudadanos o, mejor, los “postciudadanos” que han venido experimentando de manera creciente la mediatización electrónica del espacio público.

Venimos de unas campañas en las que los signos políticos fueron sustituidos por simulacros efectistas y batalla de ficciones. Sin duda alguna, Vicente Fox es el gran triunfador, no sólo en términos formales sino, y principalmente, en relación con su capacidad de adaptación a los nuevos vientos que soplan en los territorios de la política (internacional): su dominio de la escena mediática, sus dotes para el eslogan (la frase corta y contundente) y su destreza para moverse en el *videogame* en que se ha convertido la política, lo colocaron muy por encima de sus contrincantes. El presidente electo de la república entendió que sus mejores aliados en la batalla eran los medios de comunicación, principalmente la televisión.

Sin que esto sea necesariamente positivo,² parece ser una tendencia irreversible que los neopolíticos en la era de la videopolítica dominen mejor las cámaras de televisión que el mitin o la reunión cara a cara. El populismo está de regreso, travestido en la tecnología y el lenguaje mediático. En los días siguientes a las elecciones se contempla a un Fox que no ha desperdiciado ninguna oportunidad de estar frente a las cámaras, en horario estelar. Dueño de la situación, absolutamente cómodo y seguro, mesurado y con el autoconvencimiento (colectivo) de que en esta etapa la tele (y en menor medida la radio) será vital para ablandar las reservas de los incrédulos y ganarle espacio a las resistencias priistas: quien gobierna a través y con la tele garantiza el respaldo de las mayorías. Frente al pacto que fundó al PRI, y de paso al México “moderno”, sustentado en la alianza con los diferentes sectores, hoy parece que el pacto se fundamenta en la hermandad en “cadena nacional”. ¿Sobreviviría Perón en un foro de Televisa o Televisión Azteca?, ¿qué hubiera sido de

Evita en manos de Alasraki, superaría en *rating* a Madonna? Para bien y para mal, otros son los tiempos, y la construcción del mensaje político pasa por alejarse lo más posible de la política.

Curiosa y contradictoria estrategia de la postpolítica, entre otras razones, Vicente Fox ganó (y no es un motivo menor) porque parecía el menos político de los contendientes: hoy entre menos político parezca un candidato, mayores oportunidades tiene de “retratar bien” y de convencer a sus públicos.

En este contexto, los adversarios de Fox no lograron sobreponerse a una campaña efectista (pero pobre en contenidos) que abundó en insultos y ocurrencias, cuya tónica fue la ausencia del lenguaje político, si se acepta que hablar en términos políticos significa establecer una relación entre fines y medios, medios que deben estar articulados a ciertos valores que, a su vez, son los que permiten construir las opciones.

La política parece haber dejado de ser, salvo pruebas en contra, la forma de construir opciones de acuerdo con un proyecto donde el valor abstracto se concrete en su relación entre los fines perseguidos y los medios para conseguirlos. En la neopolítica lo que se destaca son los fines y el valor abstracto. “Prometer no empobrece”. El político en la era de la postpolítica apela a la fe de los ciudadanos. La confianza, que implica un cálculo racional entre la experiencia vivida y la oferta, queda ausente en esta nueva relación fundada en la gesticulación seductora y en la (justificada) complicidad de los teleciudadanos.

De una política de los argumentos, nos deslizamos hacia una postpolítica de la imagen y el eslogan, mucho más fácil de procesar que el análisis entre fines y medios.

Mucho se ha avanzado, es cierto, en términos de democracia. El terreno es hoy inédito y la sociedad mexicana cuenta con mayores recursos para ejercer su derecho a ser gobernada con eficiencia, honestidad y justicia social. Ojalá que el conjunto de conquistas en la escena política no se vean opacadas por la celebración del género “ultra *light*” de la postpolítica televisiva.

Dime por quién vas a votar y te diré si eres demócrata

En las semanas previas a la jornada electoral, en contraste con la desteñida contienda electoral (que

repuntaba cada vez que un epíteto era más fuerte que el anterior), el sobrecalentamiento de la discusión cotidiana derivó en una formulación más o menos explícita: “estás con Fox o estás contra la democracia”. El foxismo, no partidista, configuró en muchos sectores de la sociedad una atmósfera en la que arriesgar cualquier tipo de opinión en contra, o por lo menos cautelosa, se convertía en anatema contra la democracia y convertía al hereje en renegado del nuevo México, “al que absolutamente todos aspiramos”. Disentir de la viabilidad del proyecto foxista pasó a ser motivo de sospecha.

Este entusiasmo colectivo, que en terrenos más profesionalizados recibió el nombre de “voto útil”, llevó a varios destacados intelectuales a la trinchera de un foxismo que no aceptaba interpelación alguna. En la espuma de la marejada democratizadora se evaporaron años de una cierta fidelidad ideológica (si así puede llamarse, por ejemplo, a la esperanza desencantada en una izquierda que no ha logrado estar a la altura de su proyecto), y lo que antes se defendía con fervor (el proyecto moral representado por Cuauhtémoc Cárdenas, por señalar algún indicador) se convertía en suspicacia: “Cárdenas es el aliado de Labastida”, se dijo; es “hijo del sistema”, se señaló. La migración masiva hacia el voto útil, bien por convencimiento honesto y genuino o bien por oportunismo, dibujó el resultado electoral del 2 de julio, previsible casi para todos (menos para los encuestadores) por la obsesión de sacar al PRI del sillón de Los Pinos.

Pasada la efervescencia, y una vez cumplido el objetivo de derrotar al PRI, se hace necesaria una revisión de las posiciones intolerantes que fueron la tónica del foxismo partidista, y especialmente del no partidista.

México es una nación plural cuya complejidad desborda los límites electorales. Sin pretender demeritar la fiesta ciudadana del 2 de julio, hay que considerar que alrededor de 21 millones de electores no encontraron razones suficientes para pronunciarse. No se trata de una cifra desestimable. Estos millones de mujeres y de hombres que decidieron no votar, que optaron por el silencio, también forman parte de la nación, y habrá que gobernar también con ellos y para ellos. Por otro lado, Vicente Fox accede a la presidencia con 53% de los votos en contra, sumando matemáticamente (que no políticamente) los votos para el PRI y los del PRD. Pero, más allá de las cifras y los porcenta-

jes, la geografía electoral que marca el inicio de una nueva etapa en el país indica la necesidad de un gobierno que dé juego y cabida a la diferencia y no se engolosine en su victoria, también representa el desafío para las mexicanas y los mexicanos todos de asumir la diversidad como el componente fundamental en el tránsito hacia una democracia cuya prueba máxima será su capacidad para negociar la diferencia.

En otras palabras, el nuevo régimen deberá esforzarse, y con él los ciudadanos, por generar las condiciones que, en palabras de Richard Sennet, devuelvan a la sociedad una “razón profunda para cuidarse entre sí”, no obstante las diferencias que nos habitan.

Estos son apenas esbozos de elementos que requieren mayor desarrollo y profundidad analítica, pero que me parecen tres de los temas clave que estarán presentes de diversas maneras en el arranque del nuevo gobierno: una cultura política históricamente conformada y profundamente arraigada que no es patrimonio de un partido político sino la forma expandida de la impunidad y la pequeña corrupción; la centralidad de los medios de comunicación en el ejercicio del poder, y el problema que representará atemperar los ánimos para entender que, pese a los resultados formales de la elección, en este país “somos mucho más que Fox”.

Notas

1. Sennet, Richard. *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Anagrama, Barcelona, 2000.
2. Puesto que la videopolítica es un fenómeno históricamente nuevo, la prudencia obliga a ser cautelosos con los procesos que genera.